

## ESCENAS NEOYORQUINAS<sup>1</sup>

*Galo Galarza Dávila*

### LA VIDA

A las once de la noche, en una estación del tren subterráneo, del “subway” newyorkino, tomo la ruta equivocada después de entregar una carta que Miguel Donoso me encarga para Araceli Santana, quien vive (o vivía) en el “West Side” del alto Manhattan. Salgo a una sala del infierno: los borrachos y los drogadictos van en filas móviles, agitándose como olas dentro de ese espacio viciado por el humo y la humedad. Se me acercan, alguno quiere agredirme o agarrarme, corro, trato de eludir los golpes, las manos que se abren para sujetarme, las piernas que intentan enredar mis pies. De pronto, casi al llegar a la puerta de salida, miro a Elsa, la bellísima criatura que está como una orquídea, sembrada en medio del pantano, vestida completamente de azul, con sus pequeños lentes de montura redonda y dorada, con sus

<sup>1</sup> Selección de textos del libro *La dama es una trampa*, de Galo Galarza (Eskeletra Editorial, Quito, Ecuador, 2005).

labios finísimos que parecen saborear el aire. Está parada al filo de las líneas del tren. La miro de espaldas y percibo que algo arroja a esa especie de abismo que se abre ante sus plantas. Me acerco y compruebo que, en efecto, ella está lanzando pequeños trozos de pan hacia adelante. Sigo con mis ojos, mordidos de curiosidad, el curso de las migajas y, lleno de estupor, compruebo que son decenas de ratas, cientos quizás, las que entre chillidos, desesperadas volteretas, velocísimas carreras, se disputan los pequeños pedazos de pan que la bella criatura les lanza. Le pregunto su nombre. Descubre mi acento, me habla en español, es mil veces más bella de lo que pude imaginarme viéndola en la distancia. “¿Te sorprende que alimente ratas, verdad?”, me pregunta casi enojada. “Así como ahorita comen los trozos de pan se comerán mi cuerpo después de unos minutos”, afirma con la mayor seguridad. Pienso que bromea, pero no, está diciendo la verdad. Sus grandes ojos verdes son un lago cristalino donde una mentira aparecería enseguida flotando ahogada. “Sí —continúa— después de una hora me arrojaré a las líneas férreas, me dejaré destrozarse por el tren en marcha”. Y cuando percibe mi asombro, mi miedo, exclama sonriente: “No te das cuenta hermano que al alimentar las ratas estoy engendrando vida. Y eso ya es bastante en esta ciudad maldita”.

## MILA

Y ahora, desde el fondo del corredor viene caminando hacia mí la anciana. Está vestida, seguramente, con su mejor traje. Solo un zapato (el derecho) tiene carcomida la punta, ese es quizá el único signo que altera la elegancia de la mujer. Me llamo Mila Montesdeoca. —dice— después de saludarme con cumplidos y estirarme su mano sudorosa, pertenezco a las mejores familias de Manabí. Si no me cree pregúntele a ese gordo baboso que

trabaja con usted —continúa y hace referencia, en efecto, a un colega manabita, cuñado de un diputado, quien por entonces llegó con un cargo de Vicecónsul—. Vengo a pedirle un favor o mejor a exigirle que cumpla una obligación suya —continúa—. Porque ustedes están aquí para ayudarnos ¿no es cierto? Una cosa muy simple: dígame, cómo cojo el tren que me devuelva a Calceta. Pero háblame serio, ¿ah?, porque todos ustedes solamente se burlan de mí. Se ríen en mi cara cuando hago esta pregunta. Creen que estoy loca. O si no me mienten. Me dan las rutas equivocadas y me ando perdiendo por esos laberintos, en medio de esa gente rubia, perfumada o hedionda que anda como en manadas. Pero usted no, ¿verdad que me va a decir cómo cojo el tren para Calceta? Era, verá, uno largo, largo, pintado de verde y rojo, con unas letrotas en sus puertas. Y venía pitando, pitando por la campiña, asustando a las vacas y a los niños. Yo y mis hermanas nos subimos en el último vagón. Le alcanzamos a coger ya a la salida del pueblo. Y por Dios santo que nos trajo acá, a Nueva York. Paró por aquí cerca, por Times Square, y era invierno, por más señas, porque mis hermanas murieron ahí mismo, apenas bajaron y se quedaron convertidas en estatuas de hielo. Todavía queda por ahí un pie de la Margot. Yo no me congelé porque alcancé a pegarme a la caldera de un restaurante de chinos. De ahí me recogieron el Aníbal y la Demencia y me llevaron a su casa. Todo fue lindo hasta cuando comenzaron los celos y la Demencia quiso matarme y me clavó un cuchillo en el brazo. Vea la cicatriz. Vea que no le miento. —Se levanta la manga, me deja ver una como inscripción hecha con bolígrafo—. Y desde ese rato ya quise regresarme a Calceta, donde los míos, al calor, al agua. Mamita vive, ahora debe tener ya ciento seis o ciento siete años. Desde entonces vengo vagando como alma en pena por las líneas de todos estos trenes, buscando el que me devuelva a mi pueblo. Pero usted, ¿verdad que no me ha de negar este favor y me va a decir cómo cojo el tren para Calceta? ¿Verdá?

## LOS AUSENTES

Vea, como Don Quijote le decía a Sancho Panza: “quien está ausente todos los males tiene y teme”. Yo lo tengo subrayado en mi libro. Es el capítulo XXV, por más señas. Y nosotros, mi señor, somos —quiera usted o no— ausentes y así hemos de serlo quien sabe hasta cuándo. Como decían antes los obispos: “Por secula seculorum”. Ya ve que yo también soy culto. ¿Qué se ha creído? Si en el Ecuador trabajaba en una oficina de abogados vea, aquí nomás he venido a barrer calles y a ponerme este overol que es lo que más me jode. Si mi finado papacito, quien llegó a ser Ministro del Tribunal Fiscal, me viera en estas trazas, recogiendo las mierdas que botan los gringos en las calles, ahí mismo se vuelve a morir pues, ¿no le parece? El quería que yo me haga doctor como él y doctor me hice pues, pero vea para lo que me ha servido. A nadie digo que tengo ese doctorado en leyes de la Central, que me costó muelas pues, porque se me burlarían. Si aquí estos gringos y peor estos chicanos o estos boricuas son tan hijueputas como nuestros chullas mismo, vacilones hasta más no poder y malos pues, que es lo peor, porque nuestros chullas vacilan, se burlan de los monos, de los chagras, de los pitucos, pero de ahí no pasan pues, en cambio estitos hacen de la burla un látigo, un garrote para apalearnos a los forasteros. Cuando me preguntan que a qué me dedicaba en el Ecuador, les respondo: “A barrer calles pues cojudos, esto he venido haciendo desde siempre, cabrones”. A propósito ¿sabe cómo decir cojudos en inglés?

## ISLAS

Yo vivía feliz en una isla caribeña de forma de caimán que flota a la deriva en un mundo perverso (o postmoderno, como quiera llamárselo). No había cumplido los treinta años y todavía mis

ojos no tenían cataratas ni astigmatismo ni asco. Un día de agosto llegó a la isla un emisario gordito y bonachón quien venía de mi país andino con noticias que cambiarían completamente mi vida. “Hemos pensado —dijo— que usted está demasiado tiempo en esta isla y ya debe estar contagiado de los virus que existen aquí”. Yo negué los cargos que me hacía con la cabeza, con las manos, con cientos de palabras. Todo fue inútil, mi suerte estaba echada. “Escoja —sentenció finalmente— El Cairo o Nueva York. Son las dos plazas vacantes”. Obviamente escogí la segunda ciudad, la primera me sonaba demasiado exótica, lejana y parecía una maldición. En nuestras regiones montañosas se dice “le mandaron al Cairo” cuando se quiere graficar que a una persona se le condenó a la peor desgracia. Alguien, quien había vivido allí, por otra parte, me contó que un hijo suyo quedó ciego porque un mosco endémico del África se le defecó en la córnea. Así que me decidí, sin mucha vacilación, por Nueva York. Apenas tuve tiempo de despedirme de mis amigos isleños, quienes sabían con razón que nunca me volverían a ver. Una palmera rehuyó el contacto de mis manos y la playa, donde siempre alimentaba mi alma de sol y sueños, me escupió aquella tarde sobre la arena, envuelto en algas apestosas y espuma salada. Dos semanas más tarde llegaba a otra isla, conocida por los imbéciles como “capital del mundo”. Fue como meterse en un túnel del tiempo o en un viaje interplanetario. La playa blanca fue substituida por una capa impenetrable de cemento negro y los árboles por edificios de vidrio, acero y concreto que tapaban la entrada del sol. Cambié mi guayabera de algodón por unas pesadas armaduras de lana y aprisioné mi garganta con unas sogas de seda coloreada. Con cuánta dificultad entraba el aire dentro de mi pecho. ¡Con cuánta dificultad! Me hice infeliz. Aprendí el oficio de los topos, es decir a moverme bajo tierra. Y todo prójimo se convirtió en adversario. Alguien me dijo con sabiduría: “En esta ciudad ya no hay espacio para nadie más, cualquier persona

que venga de fuera será considerada un enemigo, un usurpador”. Entonces fue que comenzó mi viaje diario por el filo del miedo, y como dice Paul Bowles: “Hay únicamente una forma de perder el miedo: morir o volver”.

## AZTRA

Somos diez trabajadores del ingenio “Aztra” los que nos venimos acá después de la matanza que hubo en el tiempo de Jarrín Cahueñas. ¿Se acuerda de la matanza?, ¿se acuerda de Jarrín Cahueñas? Los ecuatorianos somos bien desmemoriados oiga. El Jarrín Cahueñas ahora dizque es evangelista. ¿Ha notado como todo pícaro termina haciéndose evangelista o diputado en nuestro país? Nosotros éramos dirigentes y nos dio miedo que también nos manden a matar. Por eso caímos, como después cayeron cientos de los paisanos, en el negocio del morlaco miserable ese que decía que por dos mil dólares nos ponía en Nueva York. Venimos diez oiga y ahora solo quedamos cinco. Tres lograron regresarse. Uno, el René Chillán, se desapareció y nadie sabe qué será de su suerte. Unos dicen que se ha ido al Canadá, otros que a Australia, algunos que se ha juntado con una boricua y que ahora tiene un restaurante de mariscos en San Juan. El Claudio Rojas se murió en un accidente de trabajo, en la fábrica de judíos donde trabajaba. Fue horrible. Una varilla de acero le atravesó la cabeza. Los desgraciados de los patrones solo pagaron un entierro de cuarta y no quisieron reconocer ninguna pensión para los familiares del Claudio. Y cómo reclamar pues, si era ilegal. De los cinco que no hemos podido regresar ninguno está contento, todos quisiéramos volver a la tierra, pero cómo pues amigo, cómo, si estamos endeudados hasta aura con el morlaco infeliz ese que les tiene martirizando tarde y mañana a nuestras familias. Además las cosas están bien jodidas por allá. No hay trabajo.

La vida dizque está carísima. Todos están queriendo mejor salirse. Yo nomás he recibido tres cartas de parientes y conocidos que me suplican para que les ayude a venir. Las cosas están jodidas en nuestro país oiga. Jodidas para los pobres, claro pues. Los ricos siempre están bien. En todas partes ellos están bien pues. Aquí y en la Conchinchina, puta madre.

#### VENGA, FABI

A mí, en cambio, para qué le voy a negar, me ha ido muy bien por acá. Vea, tengo dos casas (ahorita valuadas en unos trescientos mil dólares cada una), una villita en la playa, en Long Island (doscientos mil dólares debe costar), tres carros: uno para mí, otro para mi mujer (que, claro, también trabaja) y otro para Fabiancito, miyo (quien ahora va al College). Fabi, come on, venga salude a los amigos del Ecuador. Fabi, darling, please come on. They are my friends, they come from Ecuador. Es que el guambra no habla español oiga. Disculpará nomás. Fabi venga mierda, no me haga tener iras. Fabi le digo, come on...

#### PUERTAS Y COMPUERTAS

Vea, seamos por una vez francos: yo leo aquí, en los diarios de los gringuitos, que si se abrieran las puertas de Cuba (esclavizada por los comunistas) se salieran todos los ciudadanos de esa infeliz nación y no se quedara nadie. Sí, es probable que eso ocurra, digo yo, pero si esas mismas puertas se abrieran en nuestro país, ¿no cree usted que se saliera igual número de compatriotas para venirse a estas tierras del Norte? Si no vaya alguna vez por los consulados gringos en Quito y Guayaquil y va usted a ver las colas de cuadras y cuadras que allí se forman tratando

de conseguir la dorada visa. Y vaya usted a ver la de aventuras y tormentos que pasan los miles que se vienen de ilegales. Y a nosotros no nos gobiernan los comunistas sino esbeltos demócratas de perfiles aguileños o abuelitos bonachones neoliberales, y cierto es que tenemos ton-tom macutes (como en Haití), pero estos están bien guardados en los cuarteles, esperando dar el golpe cuando les convenga, saliendo de sus madrigueras únicamente para poner las cosas en orden cuando ya se han salido de madre y cuando les autorice el Pentágono. Tal es el atractivo que ejerce este paraíso desarrollado en nuestras tierras, aunque sean “islas de paz en América” como dicen nuestros demócratas de perfiles aguileños o nuestros abuelitos de columna refilada. Vea, solo aquí en Nueva York los ecuatorianos llegamos fácilmente al medio millón, ahora súmeles a los de Toronto, Los Ángeles, Chicago, Caracas (una época esa era la meca por el petróleo que había) y verá que se completa el millón. Un millón mi señor, como si los habitantes de una ciudad entera, como Quito o Guayaquil, estuvieran chorreados por el mundo, vagabundos

## PUENTES

Que en este país hay gente maravillosa, hay gente maravillosa. Que hay intelectuales honrados, hay intelectuales honrados. Vea, por ejemplo, como Tom Wolfe les increpa a sus compatriotas opulentos en su famosa *Hoguera de las vanidades* (“The bonfire of Vanities”):

¿Creéis que esta ciudad sigue siendo vuestra? ¡Abrid los ojos! ¡La mayor verdad del siglo xx! ¿Creéis que basta el dinero para que siga siendo vuestra?... ¡Bajad de vuestros magníficos pisos de propiedad, alejaos de vuestros accionistas, dejad a los abogados que organicen vuestras fusiones empresariales! ¡Aquí abajo estamos



en el Tercer Mundo! Portorriqueños, caribeños, haitianos, dominicanos, cubanos, colombianos, hondureños, coreanos, chinos, taiwaneses, ecuatorianos, panameños, filipinos, albaneses, senegaleses y afroamericanos! ¡Id a visitar las fronteras, acojonada gente guapa! ¡Id a Morningside Heights, a Fort Tryon, por qué pagar más! El Bronx: ¡se acabó el Bronx para vosotros! ¡Riverdale ya no es más que un puerto franco situado ahí arriba! Pelham Parway: ¡dejad el pasillo libre para llegar a Westchester! Brooklyn, ¡vuestro Brooklyn ha dejado de existir! Brooklyn Heights, Park Slope: ¡pequeños Hong Kong, eso es lo que son! ¡Y Queens! Jacson Heights, Elmhurst, Hollis, Jamaica, Ozone Park, ¿de quién son ahora? ¿os habéis enterado? ¿Y en dónde quedan ahora Ridgewood, Bayside, Forest Hills? ¿Lo sabéis? ¿Habéis pensado alguna vez en eso? ¡Y Staten Island! ¿Creéis vosotros, bricoleros dominicales, que seguís cómodamente instalados en vuestro rinconcito? ¿Creéis que el futuro no sabe arreglárselas, para cruzar un puente, un simple PUENTE? Y vosotros, wasps que acudís a los bailes de beneficencia y que vivís sentados sobre vuestras montañas de dinero heredado de vuestros pisos de propiedad, esos pisos son el techo a cuatro metros de altura y dos alas, una para vosotros y otra para los criados, ¿creéis de verdad que estáis en una fortaleza inexpugnable? Y vosotros, financieros judío-alemanes que finalmente os habéis colado en los mismos edificios, a fin de aislaros mejor de las hordas de shtetl, ¿creéis que habéis conseguido aislaros completamente del Tercer Mundo?”.

E. L. Doctorow grita en su *Vida de los poetas*:

Dios mío, que se les deje emigrar, que mi patria sea su última esperanza. Pero aquí hay que establecer algunas diferencias: los irlandeses, los italianos, los judíos de Europa Oriental, vinieron aquí porque querían comenzar una vida nueva. Trabajaron para ganar dinero y traerse a sus familias. Se despidieron para siempre de la vieja patria y se alegraron de abandonarla. No vinieron aquí huyendo de algo que les hubiéramos hecho nosotros. Los nuevos in-

migrantes están aquí porque somos nosotros quienes hemos hecho inhabitables sus tierras. A lo que han venido aquí es a salvarse de nosotros. Han traído consigo sus políticas candentes. Han organizado campamentos paramilitares. Se están asesinando mutuamente. La policía secreta de sus propios países llega en avión para asesinarles. Explotan bombas de las repúblicas en plena Avenida de Connecticut. Mi presidente abraza a sociópatas de cuyo pecho cuelgan condecoraciones por asesinato. Los mendigos escarban entre la basura. Los ojos del barrio están fijos en mí.